

Es un cleptómano de cajitas visuales

Lorenzo García Vega

LA BARANDITA FRENTE AL AZUL, SOSTENIENDO UN ATRIL. EL ATRIL SOSTENIENDO aire lila, procedente de un mar bien recortadito. Esto, con unos plátanos al lado de un cielo que es sólo un ladrido (el ladrido ha encarnado en lo figurativo) rosado.

Un globo mayúsculo, un globo minúsculo, debajo.

Y por un caminito inequívocamente cubista, se detiene la figurita minúscula del hombrecito —sin bigotes, o como con boca rasurada por una sombra— sosteniendo, con las diminutas líneas de sus manos, a las dos microscópicas figuras que deberán ser sus hijos.

Y, en el fondo, y contrastándolas con lo demás figuras, hay dos grandes sombrillas de playa, de color amarillo. Grandes sombrillas que, en ciertos momentos, o parecen estar como en vilo, o como que parecen sugerir, sosteniéndola, una casa vieja y amarilla, perfectamente dibujada.

Pero ¿habrá también, en rosado, un perfil femenino?

Pienso en colinitas de color crema, pero, pensándolo bien, habrá que ver por dónde se podrían regar esas colinas.

Y este cuadrito, aunque colorinesco, debería sugerir lo solitario del mármol, y por eso se titularía: EL MÁRMOL.

Observación.— Pero, indagando más, ¿a qué mármol me puedo estar refiriendo?, ¿de cuáles zonas interiores puede salir ese mármol que, al como despe-garse —pero ¿cómo se despega el mármol?—, descubriría un colorinesco pedacito? ¿Cómo se entiende esto?

Ya que esos cuerpos, sepia y de un oscuro azul, planos se extienden sobre el suelo sepia y negro. Y esto contando, además, con que una pared, como extraída de una cueva, está toda cubierta por boquiabiertos fantasmas.

Pero, en la parte izquierda, inferior, de la pared, ¿qué es lo que hace —¿qué papel juega?— un violín cubista?

Ojos abiertos a la par que la boca abierta. Y esto en el sillón del dentista. Y esto teniendo, al lado, lo muy semejante a una luna negra. A una luna negra que se pareciera a un violín.

La varita que parte del sostenedor enarbola el pedazo de un rectángulo lila. Mientras, algo así como una pequeña recholata —procedente, por cierto, de las baratijas del cómic—, parece fingir una pared cremita donde está una mitad: cabeza negra.

Del torso, con pull over, irrumpen: filamento negro, y pedazo de rama, y unas semillas. Esto está al lado de un cuadrado, y dentro del cuadrado está un cuadradito. Y en el cuadradito está la muñeca, con la cara pintada de negro, aunque disuelta.

Del amarillo fondo, que es un ya disuelto sueño infantil, brinca la boca, savia de pescado, con algo..., así..., muy semejante a una gota vertical y petrificada. Pues no cabe duda de que todo esto procede, tanto de unas crudas láminas de un agua roja, como también de los crudos filamentos de un claro, y como envejecido, azul.

Afásicos residuos albinos

En el nonsense que recibí por correo se habla de la doctora Peca y de la doctora Linfu, expertas en corrientes arteriales. ¡Para siempre, los viejos de esta Playa Albina, tendremos que seguir con esas doctoras!

Estuve al borde de comerme, en la antesala de un alguien muy semejante al Alcalde de Sweetwater, un nonsense consistente en todos los perros calientes contenidos en una pequeña caja.

En esa antesala, una viejas hablaban de lo mismo que hablan todas las viejas en las antesalas.

¡Llegó el Alcalde!, y toda la vida me la he pasado esperando inútilmente, en la antesala de los personajes, el permiso para poder dar un curso sobre el Renacimiento.

Creo que la salsa que cubre a los perros calientes, derramándose por mis manos, bajo las Leyes de la Imagen responde a la incapacidad que sin duda padezco para poder llevar a cabo buenas acciones.

Con lo que pudiera responder a un reto: sólo mirar hileras de perros calientes.

Una casita en un bosque, destinada a que en ella se exhiba un pequeño cuadro de Picasso.

Se podrán aceptar donaciones de otros pintores, y esto para así convertir el lugar en un pequeño museo forestal dedicado a María Zambrano.

La casita, ahora nonsense, no es otra que aquella que, desde el tren veía de niño, cuando me iba acercando a La Habana.

Con lo que en el nonsense, dedicado a María Zambrano, a través de un programa radial, un espíritu me dirige la palabra. Marta se queda anonadada.

Estoy contando el mismo cuento

Me meto como en un túnel, pero parece que tengo que salir. ¡Es que no aguanto más! De donde, una multitud de terroristas, arrasan con todo lo que se encuentran por delante, arrasan con la mitad de una ciudad. Ellos, los terroristas; es que ellos han arrojado unas bombas portátiles que tenían el tamaño de unos radiecitos. Ese paseo repetido, infinito, repetido, que entre canales, que por el mismo lugar, todos los días, año tras año lo he estado haciendo. No me he cansado de hacerlo: repito: una historia repetida. Antes, hace muchos años: comencé con una colchoneta vieja que me encontraba, tirada, todos los días, en un solar yermo.

Después, hubo otras cosas.

Pues es que estoy buscando una ciudad asiática. Una ciudad por donde pudo andar Gurdjieff.

Además de la colchoneta en el solar yermo. Otras cosas; repetidas. Otras cosas: siempre: un cuadro que yo soñaba, un cuadro con cuatro filas y cuatro casas idénticas en cada fila, que un loco de manicomio había pintado, y que yo soñaba, día tras día, durante el paseo; y una mancha amarilla, infaltable, con un río inventado, al final, al extremo de una calle donde había unos pinos; y el canto, sostenido, de unos pájaros negros, y el carrito de helados con su musiquita, pasando por un minuto exacto.

(Y me siento avergonzado, muy avergonzado, ya que la monja, la maldita monja, no ocultó su desagrado cuando yo me puse a leerle lo último que había escrito).

Yo miraba todo eso. Yo en mi paseo. Yo soñaba todo eso que a la vez inventaba. Yo no podía dejar de pasear, todos los días a través de todo eso.

Mientras que lo iba viendo todo. En el paseo, en aquel paseo, iba viéndolo todo, mientras quizá yo era un ciego. Pasaba, también, por al lado de muchos canales. Nunca hubo nadie. Nunca me encontré con nadie. Durante mis paseos. En que quizá yo era un ciego. Así que yo no tuve que comprobar nada, yo no tuve que ver a nadie. Yo, repito, nunca vi a nadie.

Así que... Pero ¿debo decir eso? ¿Debo decir que más tarde, cuando habían pasado muchos años, muchos años haciendo mis paseos, también, a veces, me parecía que iba delante Rank, un vecino que había acabado de morir?

Nunca he sabido cómo juzgar todo lo que pasó, o no pasó durante todos esos paseos que di. Pues, ¿en realidad no pasó nada?, ¿pues en realidad pasó algo? Yo no creo que pasara nada, pero a la vez yo no creo que dejara de pasar algo. Es un lío, con el sol, con ese siempre sol, todos los días, y yo sin saber si ha pasado o no ha pasado nada. Una curiosa constatación.

Entonces pedacitos de mi carne, pedacitos de mi carne sojuzgada y pacífica, iban cayendo en el plato. Iban cayendo en el plato, por lo que entonces yo sentí, desde un aire primigenio, todos aquellos discursos que pronunciaron los presocráticos en su debido momento.

Pues lo curioso ha sido todo ese extraño sabor que todos esos paseos —¿o fue un único paseo?— me han dejado. Un lugar donde estuve paseando, ya lo

digo, por años y por años. Pero, vamos a ver, ¿cómo fue ese lugar? Unas casas que soñé, pintadas por un loco; un amarillo; el canto de unos pájaros; pero ¿cómo podré saber cómo fue? Entonces, cuando me digo esto que me estoy diciendo, no sé..., levanto mi cabeza para ver todos aquellos canales que vi estando ciego y., Rank delante, Rank el difunto que vino después, y ¿qué es lo que puedo decir? ¿Qué puedo decir? Aunque lo que habría que subrayar sería la fábrica aséptica. La fábrica, también espectral, donde todo llegó a funcionar mal. En esa fábrica caía una lluvia nocturna, por lo que esto provocó que el jefe se pusiera a hablar de New York. ¡Cuán lejano y negativo fue todo aquello!

Así que tendría que haber una competición de poemas en prosa donde los concursantes estarían obligados a terminar de esta manera:

GUILLÉN

GUILLÉN

GUILLÉN

Porque como aguas secas. Aguas secas en aquel lugar donde hubo una colchoneta. Pero ahora no puedo reemprender aquellos paseos. Ahora sigo paseando, por supuesto, todos los días sigo paseando, pero ya no puedo reemprender aquellos paseos. ¿Qué quiero decir con esto que estoy diciendo?

Y es que, al final, uno quisiera terminar trabajando en un ambiente pastoral. En algo que fuera muy sencillo, y en donde uno pudiera estar vestido con una rústica tela blanca.

Repito, y repito, que ya no está la colchoneta vieja. En el solar yermo donde estaba la colchoneta vieja, ya han colocado una iglesia episcopal.

Pero lo que pasó es que había una manifestación por el Parque Central. Eso fue cuando Batista era el gobernante. Yo, como no podía hacer, por lo tanto quería regresar. Pero, porque Marta quería comprarse un dulce, me tuve que demorar. La gente estaba sentada en las gradas.

Sólo, eso sí, que sigo paseando, pero ya no sigo en los mismos paseos. Es muy raro.

Iamilia siarisia entonces, en un cartelito. Pero lo que en realidad quería decir este cartelito es que *Iamilia* había sido raptada.

Iamilia, ya otras dos veces había sido raptada, pero ella siempre, al final, se había ido. Pero ahora la raptaban desde una cocina, donde estaba el cartelito, y una jarrita de barro, y otro objeto insignificante. Pero lo notable es que esto está vinculado con películas vistas hace muchos años atrás, en Jagüey Grande. Días alucinantemente desleídos aquellos, donde lo único que resaltaba era una insignificante, verde, jarra de barro.

Ese paseo repetido, infinito, repetido, que entre canales, que por el mismo lugar, todos los días, año tras año he estado haciendo. No me he cansado de hacerlo: repito: una historia repetida. Antes, hace muchos años: comencé con una colchoneta vieja que me encontraba, tirada, todos los días, en un solar yermo.

Después, hubo otras cosas, además de la colchoneta en el solar yermo. Otras cosas; repetidas. Otras cosas: siempre: un cuadro que yo soñaba, un cuadro con cuatro filas y cuatro casas idénticas en cada fila, que un loco de manicomio

había pintado, y que yo soñaba, día tras día, durante el paseo; y una mancha amarilla, infaltable, con un río inventado, al final, al extremo de una calle donde había unos pinos; y el canto, sostenido, de unos pájaros negros, y el carrito de helados con su musiquita, pasando por un minuto exacto.

Yo miraba todo eso. Yo en mi paseo. Yo soñaba todo eso que a la vez inventaba. Yo no podía dejar de pasear, todos los días a través de todo eso.

Mientras que lo iba viendo todo. En el paseo, en aquel paseo, iba viéndolo todo, mientras quizá yo era un ciego. Pasaba, también, por al lado de muchos canales. Nunca hubo nadie. Nunca me encontré con nadie. Durante mis paseos. en que quizá yo era un ciego. Así que yo no tuve que comprobar nada, yo no tuve que ver a nadie. Yo, repito, nunca vi a nadie.

Así que... Pero ¿debo decir eso? ¿Debo decir que más tarde, cuando habían pasado muchos años haciendo mis paseos, también, a veces, me parecía que iba delante Rank, un vecino que había acabado de morir?

Nunca he sabido cómo juzgar todo lo que pasó, o no pasó durante todos esos paseos que di. Pues, ¿en realidad no pasó nada?, ¿pues en realidad pasó algo? Yo no creo que pasara nada, pero a la vez yo no creo que dejara de pasar algo. Es un lío, con el sol, con ese siempre sol, todos los días, y yo sin saber si ha pasado o no ha pasado nada. Una curiosa cosa. Una cosa curiosa.

Y no sé entonces, como empezar, o continuar, o lo que fuera, para llegar a saber, si es que se puede llegar a saber, lo que fueron los antiguos paseos.

Yo, repito, no sé si estuve ciego.

Había, después, un difunto Rank.

Y seguiré, y seguiré, dándole vueltas a esa historia de la cual no acabo de estar seguro si es que, alguna vez, llegó a consistir en algo.